

## *La obra del Dr. Simarro y su entorno* \*

Pedro LAÍN ENTRALGO  
*Universidad Complutense de Madrid*

Señor Decano de la Facultad de Psicología, queridos amigos de esta Facultad. Voy a comenzar formulando dos preguntas y tratando de responder a ellas de forma rápida y sumaria.

La primera, que me atañe personalmente, es: ¿qué sentido tiene, o puede tener, mi presencia aquí en este homenaje? Y la segunda, ¿qué sentido tienen los homenajes que se tributan a las personas que ya no viven? Comenzaré por responder a esta segunda: el sentido de los homenajes conmemorativos.

A mi juicio, ese sentido sólo se cumple, en realidad, cuando en el homenaje se ponen de manifiesto dos actitudes psicológicas, sociales, históricas. Una, el agradecimiento. Otra, el reconocimiento del papel estimulante que tiene la figura recordada.

Agradecimiento, en este caso, a lo que el homenajeado Simarro hizo, en primer término, al crear esta Fundación que lleva su nombre.

Agradecimiento también por lo que a lo largo de estas Jornadas estoy seguro que habrá quedado de manifiesto ante ustedes, es decir, la condición de *excitator Hispaniae* y la condición de *incitator Hispaniae*.

*Excitator* en el sentido más elemental, más clásico, de despertador, despertador de España, no sólo él sino también los hombres de su generación y de las subsiguientes. Ya veremos cómo.

Y, por otra parte, *incitator*, esto es, incitador para que los españoles despierten y empiecen a hacer algo, en este caso algo dentro de alguna ciencia importante, entre ellas la que ustedes, los psicólogos, cultivan.

---

\* Transcripción de la conferencia.

Pero no sólo debe consistir en agradecimiento a lo que hizo entonces, sino que también ha de consistir en agradecimiento a lo que el homenajeado puede hacer ahora. No ya de lo que es para nosotros en cuanto parte de una Historia, bien que pasada no tan lejana.

¿Y qué nos dice a este respecto la obra de Simarro a los españoles de hoy?

Pues bien, planteadas las cosas así, también está casi respondida la primera de las interrogaciones que me hacía yo al principio: ¿qué sentido puede tener el hecho de que yo, que no soy especialista en Simarro, que no me he ocupado especialmente de conocer la vida y la obra de Simarro, esté aquí, en un homenaje que le han atribuido personas que, por lo menos, se han tomado la molestia de dedicar su atención y su inteligencia al conocimiento directo, reflexivo, de lo que Simarro fue y de lo que Simarro hizo?

Puesto que yo no he estudiado con atención la obra de Simarro, puesto que nada podría yo añadir, en consecuencia, a lo que han dicho los participantes en estas Jornadas dentro de ese marco general del sentido de los homenajes, creo yo que sólo un significado puede tener mi presencia y mi actuación aquí: glosar el sentido que para nosotros pueda tener la obra de incitación de Simarro y, por tanto, este homenaje en su integridad.

Sentido de la obra de incitación de Simarro. En mi caso, muy vivo, muy añejo. En ustedes, por razones históricas y biográficas, tendrá realidad de otro modo, en tanto que preocupados por lo que España ha sido.

Necesitamos tener una idea de lo que España ha sido para vivir nuestro presente y orientarnos hacia nuestro futuro.

Por ello, en tanto que preocupados por lo que España ha sido, ¿qué sentido cabe atribuir a la figura y a la obra de Simarro?

Y, en tanto que agentes, actores y autores de algo en la España actual, ¿qué es lo que en este sentido, cada uno en su nivel, podemos responder a la incitación de Simarro?

Trataré de responder sumarisísimamente a estas dos interrogaciones.

Simarro en la Historia de España. Acotando la Historia de España en el tiempo en que Simarro vivió y actuó. Más concretamente todavía: Simarro en el cuarto fin de siglo de la Historia Moderna desde el punto de vista de lo que España ha hecho y no ha hecho en la ciencia, en la Historia de la Ciencia.

Y vamos a estudiar esto sumariamente examinando, a vista de pájaro, cuatro fines de siglos:

- El fin de siglo del 500.
- El fin de siglo del 600.

- El fin de siglo del 700.
- Y el fin de siglo del 800.

Porque curiosamente, no por ninguna predestinación histórica, claro está, pero curiosamente, alguna analogía hay respecto de lo que cada uno de estos fines de siglo, y todos ellos juntos, han sido en la Historia General de España, desde el punto de vista del problema de nuestra ciencia y de los que en ella han hecho algo o han querido hacerlo.

Veamos en primer lugar, sinópticamente, el *fin de siglo del 500*. Y, desde el punto de vista de lo que España es, de lo que hace y no hace en la Historia de la Ciencia, ¿cómo podemos rotular lo que la España científica hace y no hace en ese lapso, fin de siglo del 500? Resumo este reto de conceptualización histórica en estas poquísimas y patéticas palabras: el malogro, tras las medidas restrictivas de Felipe II, de las dos mejores posibilidades científicas de la España de los Reyes Católicos y de Carlos V.

No quiero magnificar lo que en la primera mitad del siglo xvi hicieron los españoles. Pero entonces había, indudablemente, dos gérmenes, dos posibilidades, muy dentro de lo que era el nivel y la orientación de la ciencia europea de la época. No se movían los españoles con suficiencia satisfactoria en todos los campos que la ciencia de comienzos de dicho siglo xvi les permitía hacerlo. Pero había dos: uno, la Matemática, y otro, la Anatomía como parte de la Medicina, en los que los españoles empezaban a hacer algo. Y también estaba el nacimiento del Algebra.

Al margen de ello, había una línea derivada de los viejos «calculadores» de Oxford, que da algún fruto en España en unas cuantas figuras que se marcharon fuera de España —y no es esto un azar— y que empiezan a trabajar modestamente en funciones docentes. Los modestísimos «calculadores» de la España de la primera mitad del siglo xvi. Producto tardío de ellos fue la formulación —insuficiente desde el punto de vista formal, pero indudablemente importante y significativa desde el punto de vista de su contenido— de la Ley de la Caída, de una consideración filosófica-física de la caída de los graves, por Soto, ya en la segunda mitad del siglo xvi.

La conexión con los «calculadores» de la España de la primera mitad del siglo xvi es evidente. En cualquier caso, este germen fracasa.

¿Y qué hay en el desarrollo posible de la Matemática en España en la segunda mitad del xvi, en el xvii y más adelante? Desde el punto de vista de la Historia universal de la Matemática, de la Historia europea de la Matemática, nada. Casi nada. Malogro, pues, en este sentido.

Malogro también desde el punto de vista de las posibilidades de España en otra ciencia que entonces empieza a adquirir carácter moderno: la Anatomía. El conocimiento científico del cuerpo humano.

Una gran figura que deslumbra cuando se pone junto a los restantes discípulos suyos del siglo XVI: la figura de Vesalio. Y junto a la figura de Vesalio, conexas con ella, hay algunos españoles que empiezan a hacer una obra ya considerable. Tres nombres: Gimeno, Collado y Valverde.

Valverde es una figura enormemente significativa a este respecto, por lo que hace y por lo que no hace. En 1556, año decisivo, va a publicar su *Historia de la composición del cuerpo humano*. Lo publica en Italia con Realdo Colombo. Y es un libro que, en cierto modo, supera al de Vesalio. En cierto modo. No tiene su grandiosidad ni su importancia, entre otras cosas porque viene después, pero representa ya el propósito de elaborar fisiológicamente, desde el punto de vista del movimiento vital, del movimiento biológico, lo que la Anatomía de Vesalio no es que no considere, sino que lo hace con una mentalidad antigua, mentalidad a la postre galénica.

Vesalio, que fue un renovador en la morfología estructural, fue un reaccionario en las ideas fisiológicas, fue un galenista en cierto modo vulgar.

No es un azar que Valverde publicase su obra, que comenzase a publicarla —después se publicó aquí— en Italia. Aquella España, regida de otra manera, orientada de otra manera, acaso, científicamente, hubiese podido dar de sí más de lo que dio.

Pero las medidas restrictivas de Felipe II, el aislamiento científico de España, el aislamiento intelectual de España de los países europeos, la restricción de la salida de los españoles pensionados a estudiar fuera de España, las medidas inquisitoriales, enérgicas en relación con lo que pudiera representar una sospecha de roce con el dogma, tal como entonces se entendía, todo ello va a determinar que después de esto venga, sí, una España gloriosa.

No hablo de los tercios de Flandes. Ni siquiera hablo de la colonización de América. Hablo de la Historia de la Cultura de España, a la cual pertenecen nombres, como Fray Luis de León y Cervantes, Lope y Quevedo, Góngora y Velázquez, Murillo y Calderón, de primerísimo orden en la Historia de la Cultura.

Y frente a ellos ¿qué debemos hacer? ¿Qué podemos hacer?

Naturalmente, nos enorgullecemos de lo que hicieron. Debemos conocerlo y enorgullecernos de lo que hicieron, pero modificando un poco, según nuestro problema y nuestra actitud, la frase que pronunció Cristina de Suecia, cuando, estando en Roma, le ofrecen volver a Suecia para continuar llevando la corona de su país.

Contesta en italiano: «Non mi bisogna e non mi basta.» No me necesita Suecia y no me basta.

Nosotros diremos, frente a esta eclosión gloriosa de nombres importantes en la literatura, en las artes plásticas, del siglo xvii: «Mi piace», me gusta; más aún: me enorgullece, «ma non mi basta». Como españoles de hoy, como ambiciosos respecto de lo que Historia de España ha podido ser, puede ser, eso no nos basta.

El drama sordo del Humanismo renacentista, estudiado tan magistralmente por Luis Gil en un libro que no vacilo en recomendarles vivamente a ustedes, *El panorama social del Humanismo español*, desde el siglo xvi hasta bien entrado el xviii muestra un dominio que parece que debía estar exento de estas preocupaciones, de la herida consecutiva a estas actitudes. Sin embargo, ahí se ve bien claro.

Y hay una interpretación de Américo Castro respecto de un capítulo del Quijote, que ilustra también esto. Es el encuentro de don Quijote con el caballero del Verde Gabán. El Verde Gabán es el buen hidalgo tradicional castellano, que tiene un hijo tocado de poesía y humanismo. Y es muy curioso que cuando llega el caballero del Verde Gabán a casa de don Quijote y Sancho, Sancho se entiende muy bien con el padre, y don Quijote, el representante de una España fracasada, el representante de una España que ya había fracasado, para toda persona ambiciosa, se entiende mejor con el hijo.

Primer fin del siglo de la España moderna, el fin de siglo del 500.

¿Y el fin de siglo del 600?

El español hereda una obra ingente en el orden literario, en el orden —como decía antes— artístico, de las artes plásticas, en el orden de la irradiación de la vida española en América. Se inicia la grande, sombría pero en cualquier caso espléndida empresa de la colonización americana, con sus luces, sus sombras, sus excelsitudes y sus lacras. Todo eso lo hereda y lo vive el español de entonces.

Y es en ese momento cuando van a empezar los españoles, a mi juicio, por vez primera en la Historia, a decir el *non mi basta*. Los españoles de 1680, 1690, que tenían junto a sí, inmediatamente detrás de ellos, a Velázquez, a Calderón, a Gracián, y a todos los demás. Los españoles que tenían todavía el recuerdo de los conatos por mantenerse en el primer tramo de la Historia universal de la política.

Sin embargo, hay unos cuantos que, justamente por tener la vocación científica, por vivir más o menos en contacto con lo que entonces se hace en Europa, no se contentan con lo que reciben y dicen, cada uno a su modo, el *non mi basta*. Unos, quejándose, y otros, tratando de ponerse a tono en el nivel de lo que el pensamiento y la ciencia hacen entonces en Europa.

Son los que con expresión acuñada, a mi juicio felizmente, y que procede de López Piñero, han sido llamados los novatores.

Hay un grupo de novatores, algunos de carácter filosófico, que tratan de acomodar el cartesianismo, y que ha estudiado el Padre Ceñal. Otros, que tratan de acomodar el pensamiento político. Los ha estudiado muy bien José Antonio Maravall. Y hay también unos modestos médicos y hombres de ciencia, que no hacen obra que haya trascendido en la Historia Universal de la Ciencia pero que muestran la necesidad imperiosa de que en España se haga ciencia: la figura de Calabria, la figura de Crisóstomo Martínez, y unos cuantos más, pues no trato aquí de hacer enumeraciones exhaustivas.

López Piñero nos hizo conocer un texto de Juan de Cabriada, médico, que en el penúltimo decenio del siglo XVII, en un librito que se llamó *Carta filosófico-médica y química*, escribió un prólogo que no tiene desperdicio, y que, desde luego, no es en modo alguno consolador para el lector actual. Dice Cabriada que es lastimoso y aun vergonzoso que, como si fuésemos indios, los españoles hayamos de ser los últimos en recibir noticias que ya están esparcidas por toda Europa. Aquí el *non mi basta* aparece clarísimamente, patéticamente, dolorosamente, expresado a los españoles de entonces, y también a América. Como indios de Europa, dice Cabriada, podemos considerarnos.

En cualquier caso, es entonces cuando se viven las últimas consecuencias de lo que de positivo pudiera haber en la política española en la época de Felipe II, y en las medidas a las que se puede atribuir la aparición de nombres como los de Lope, Cervantes, Calderón o Quevedo. Y, por otra parte, lo negativo, lo que no se siente tan vivamente: las deficiencias en la participación de España en la ilustración de la ciencia moderna.

*Fin de siglo del 700.*

Como consecuencia de esta actitud de los novatores, de la voluntad de hacer algo y de exigencia respecto de lo que se puede hacer, la actitud crítica y exigente va aumentando de intensidad, de irradiación en irradiación en la primera decena del siglo XVIII y en los decenios centrales del mismo.

La figura de Feijóo debe ser ineludiblemente mencionada.

Durante el reinado de Fernando VI y el de Carlos III, ya en la segunda mitad del siglo XVIII, ya en lo que va a ser el fin del siglo XVIII, se produce en España un intento de puesta al día, creadora, con producción de ciencia positiva, mediante la cual los españoles están saliendo de esa condición de indios de Europa, desde el punto de vista científico que denunciaba Cabriada, y que se va a poner de manifiesto en tres áreas principales, no las únicas pero, a mi juicio, las principales: la Botánica, la Cosmografía y la Química.

La Botánica, con la pléyade de botánicos cuyos nombres pueden verse en cualquier Historia de la Ciencia, por elemental que sea. Si leen ustedes la Historia de Bernard les colmará sus deseos de conocimiento a este respecto.

La Botánica, que, desde el punto de vista descriptivo, está al día.

La Cosmografía, y a la cabeza de esta ciencia Juan Antonio de Ulloa, que muestra estar tan al día, por lo menos en el orden práctico, respecto de la Matemática aplicada a la Geodesia y la Cosmografía, como entonces podía estarse.

Y en la Química, con los hermanos Elhuyar, Andrés del Río, Ruiz de Luzuriaga.

¿España parece que va, por fin, a incorporarse a la ciencia europea en un nivel pleno? No. Es preciso tener eso muy claro. Lo que estos hombres botánicos, cosmógrafos, químicos, de la segunda mitad del siglo XVIII, en el fin del siglo del 700, hacen, no está a la altura de lo que entonces es la ciencia europea.

Por ejemplo, la Botánica que entonces ha empezado a ser Botánica embriológica, Botánica microscópica, Botánica comparativa, en los pioneros de la Botánica de fin del XVIII y comienzos del XIX, no ha penetrado todavía de forma plena en estos hombres que se mueven en una visión de la investigación botánica meramente lineana.

Y lo mismo podríamos decir de Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Evidentemente, cabezas muy claras, con cierta información. Pero lo que ellos saben de Matemáticas ya no está a la altura de lo que los matemáticos europeos hacen en el siglo XVIII.

E igual podríamos decir de los químicos. Habrá innovadores que descubren varios elementos, como ustedes saben.

En cualquier caso, algo valioso sí se hace. Y, sobre todo, se inicia el camino hacia la nivelación histórica de la producción científica en España.

Pero malogro. ¿Por qué? En este caso por medidas restrictivas, pero de otro carácter. Más grave, quizás. De carácter no ya meramente político-religioso sino de carácter político-religioso-social.

Es decir, la reacción torpe, mezquina, alicorta, de la sociedad española a la noticia, al impacto como noticia de la Revolución francesa.

Piensen ustedes en lo que en Alemania, en Inglaterra, en Italia, es el eco de la Revolución francesa.

Evidentemente, las minorías privilegiadas reaccionarias se hermanan con los aristócratas franceses o con los perseguidos exiliados. Pero ¿cómo puede ignorarse lo que, por ejemplo, un Fichte, o un Beethoven sienten respecto de dicha Revolución francesa?

Esto en España no se da.

Hay un miedo enorme a que aquello arrase el país y se produce una actitud cuyas consecuencias todavía estamos viviendo.

La prisión y el destierro de Jovellanos son la gran realidad histórica que simboliza esto.

Malogro de lo que la ciencia española había empezado a ser, con retraso, con deficiencias, con limitación, en la segunda mitad, en el final de siglo del 700.

Como consecuencia de esto y de lo que después vendrá, guerra de la Independencia, división de España en dos mitades que pelean entre sí con las armas en la mano, guerra civil en el siglo XIX: el hundimiento penoso, penosísimo, casi total, de lo que los españoles mismos habían empezado a hacer en el siglo XVIII.

Si uno mira con atención a través de cualquier aparato de observación, a través de cualquier vía de observación, lo que fue, lo que era la ciencia en España en 1840, en 1850, crean ustedes que se cae el alma a los pies.

Es inútil buscar en nuestras bibliotecas la obra de los grandes clásicos de la ciencia del siglo XIX, la obra que apareció institucional y colectivamente en las revistas científicas de ese siglo. No existe.

Vean ustedes —yo he tenido la curiosidad de ver con esta mentalidad, con esta intención, la Biblioteca del Observatorio Astronómico de San Fernando, en Cádiz— y se encontrarán con que la obra científica de hasta fin del siglo XVIII no está mal. Es estimable. Pero a partir de entonces, cero.

Vean la Biblioteca Nacional, vean la Biblioteca de la Facultad de Medicina, y se encontrarán con esto.

Quienes quieran trabajar históricamente aquí en Historia de la Medicina se encontrarán con que hasta fin del siglo XVIII no está mal. Los fallos están a partir de entonces, que es cuando la Medicina científica empieza a hacerse. Tiene que buscar, pues, otros cauces, porque en España no se encuentra nada.

El hundimiento, realmente, es penoso. Es casi total. El yermo intelectual y científico en España entre 1830 y 1860 es enorme.

Pues bien, en el *fin de siglo del 800*, como en el XVIII, se va a intentar salir de ese yermo. Y es justamente ésta la situación de Simarro.

Por eso tenía yo interés en situarle en su época, comparando lo que los fines de siglo del 500, del 600 y del 700 habían sido en España.

Y ¿qué van a hacer en ese desierto científico de España durante la primera mitad del siglo XIX?

Ya sé que podrían citarse figuras estimables, de las que queda algún trabajito, alguna monografía, alguna curiosidad. Por supuesto. Pero la contribución de la sociedad en cuanto tal, expresada en producción científica, en documentación científica, difícilmente nos po-

drá sacar de este diagnóstico sumario y desconsolador que acabo de hacer. Algunas veces yo he dicho en forma muy profesoral y muy esquemática lo que la ciencia da al que la hace; pero, en cualquier caso, aparte de las aplicaciones técnicas que la ciencia otorga, como holgura vital, comodidad vital, la ciencia da al hombre, y esto lo sabe el hombre desde que ha tomado posesión de sí como ser sabedor y consciente de lo que sabe, dignidad. La conciencia de que la ciencia otorga dignidad al que la sabe, aunque no la haya hecho.

Y estos hombres viven con este conocimiento. A veces en forma que hoy encontramos muy ingenua, muy simple, porque la formación del español entonces es muy deficiente, pero, en cualquier caso, si uno ve la obra de Sanz del Río y de los krausistas y luego de los institucionalistas y de Simarro con ellos, y de estos hombres que hacen la *Revista Contemporánea* y de los que son los protagonistas de la famosa polémica del Ateneo acerca de lo que debía ser la ciencia, lo que ve es que se produce el interés por la ciencia, la atribución de importancia a la ciencia. Surge en España la conciencia de que la ciencia otorga dignidad al que la posee y le orienta en su destino como tal hombre.

Y Simarro está ahí.

Primero, pues, preocupación por la ciencia, que conducirá a aprender ciencia y a hablar de ciencia.

Preocupación, aprendizaje, exposición oral, dar importancia a la ciencia, aprender ciencia y hablar de ella, es, por lo menos, lo que hacen los iniciadores de esta etapa, que también va a ser patética, o dramática, de la Historia de nuestra ciencia, no en el fin de siglo del 800, sino en nuestro tiempo.

Lo he dicho muchas veces: en España se produce un cambio cualitativo desde hablar de ciencia a hacer ciencia.

Hablar de ciencia. Unos cuantos nombres. Tres diré: uno, Echegaray; otro, Pedro Mata; otro, Carracido. Importantes todos ellos. Valiosos, inteligentes, documentados. Pero, sin embargo, cuando se mira la historia de la Matemática, o de la Física, o de la Medicina, no aparecen. Cuando se mira la historia de la Medicina legal, Pedro Mata ni aparece. Cuando se mira la historia de la Química Biológica, el nombre de Carracido no aparece. Pero, hablan de ciencia, pues eran brillantes habladores, dan importancia a la ciencia, de una forma más o menos retórica, más o menos insatisfactoria.

Desde el punto de vista de nuestras exigencias de hombres de hoy, algo hicieron para que, hablando de ciencia y dando importancia a la ciencia, la ciencia empezase a echar raíces de nuevo en España.

A partir de entonces, años 1870 a 1875, tres generaciones sucesivas. Y dejemos ahora el deslinde desde el punto de vista cronológico y de la aplicación de criterios sobre la ordenación de generaciones, su periodización, etcétera, dejemos esto: tres generaciones sucesivas van a empezar, partiendo de hablar de la ciencia, a hacer ciencia.

Una, la generación de Simarro.

Otra, la generación de Cajal. Y hablo de generaciones diferentes aunque la diferencia de sus edades era bien escasa.

Y otra, la generación de Menéndez Pidal.

Simarro es el representante más característico de esto que yo he llamado preocupación por la ciencia, hablar de ciencia y dar importancia a la ciencia, porque otorga al hombre dignidad y luces respecto de su existencia y de su destino. Si ustedes, por lo que han oído aquí de la obra de Simarro, lo ponen en conexión con lo que era justamente la ciencia para el hombre europeo del siglo XIX, ciencia como sustitutivo de la religión en la ordenación del hombre en su destino terrenal, verán que Simarro está expresamente en esta línea.

Su afinidad con Haeckel. Su visión de que el positivismo es algo más, es una mentalidad y no meramente una actitud frente a la elaboración de una ciencia determinada, todo esto aparece en él de modo ejemplar y eficaz.

El hizo un poco de ciencia junto a unos cuantos más. Hablo de la ciencia que él cultivó: la ciencia biológica.

Los primeros microscopistas de España, don Federico Rubio, Olavide. Con mucha razón, López Piñero, frente a la visión de Cajal de un gran monolito que surge de la nada, ha mostrado que antes que él había cosas, modestísimas, pero ya existía algo. Había hombres que trabajaban con el microscopio. Y el propio Cajal lo reconoce, lo admite, mejor dicho proclama su deslumbramiento cuando viene a Madrid y toma contacto con Simarro al ver que tenía su modestísimo taller de trabajo en la calle del Arco de Santa María; o con Maestre de San Juan, con el cual, así como con su discípulo López García, ve por primera vez una preparación microscópica que le abre un mundo, que le despierta la conciencia de sus propias posibilidades.

En cualquier caso, sin despreciar, claro está, la gran diferencia entre la actitud de Cajal y la de los que con él hacían un poco de ciencia entonces, o antes que él, su preocupación está clara en dos campos: en la Histología, visión biológica de los problemas humanos y, por lo tanto, la conexión entre Biología y Filosofía, tal como entonces podía entenderse, y en la Psicología experimental.

Son dos campos en los que Simarro está pasando a la etapa de hacer ciencia. Más que Echeagaray. Más que Carracido.

Yo tuve una gran amistad con un excelente químico, buen discípulo y devoto de Carracido, don Obdulio Fernández, bioquímico. Excelente hombre, gran químico. Y yo le decía: «mire usted, don Obdulio, usted habla con gran veneración de Carracido. Pero Carracido no hizo Química. Y usted, sí. Esa es la diferencia. El era un conocedor de Química espléndido, mejor que usted, sin duda alguna, pero él no hizo ciencia, y usted sí».

Echegaray no hizo Matemáticas. Informó a los españoles de muchas novedades matemáticas pero no hizo Matemáticas. A diferencia de Carracido y de Simarro, y englobando a todo, aun cuando la diferencia de edad entre ellos sea considerable.

Simarro se despegó ya. ¿Se despegó hacia qué? Se despegó hacia el hacer ciencia.

¿Y por qué no hizo toda la ciencia que podía hacer? ¿Por qué incluso lo que hizo, lo poco que hizo, no encontró en él el expositor adecuado?

Es ése un problema que para los biógrafos de Simarro tiene que aparecer muy en primer término. ¿Es porque se trataba de un perfeccionista, como ya se dijo por alguno de sus analistas? Tal vez. ¿Es porque es un hombre con conciencia de reformador? Porque entonces en una España deshecha y, al propio tiempo, con voluntad de regenerarse, era tan llamativo para algunos. El propio Mata y Esquerdo, en el orden médico y psiquiátrico, no sólo eran hombres que hacían Medicina. Es que se consideraban reformadores del país y quién sabe si redentores de la Humanidad en cierta medida, a través de lo que tuvieran que hacer.

En cualquier caso, Simarro, que empezó a hacer ciencia, no hizo la ciencia que hubiera podido hacer.

Pero como creo que decía Agustín Albarracín, en su contribución a estas jornadas, puedo repetir aquello de «si no venció reyes moros, engendró quienes lo hicieran». Y el que venció reyes moros, en parte engendrados por Simarro, fue Cajal. No porque la obra de Cajal deba a Simarro más de lo que le debe, pero sí le debe bastante. Le debe la instalación en su nivel y le debe el mejor conocimiento de técnicas que le permiten moverse en ese nivel de ciencia.

Cuando Cajal vino a Madrid a hacer sus Oposiciones —y diré esta palabra que no me gusta emplear porque es soberanamente injusta y desorientadora, y más aún hoy— era un provinciano de la ciencia. Era un mozo que había disecado mucho, que sabía toda la anatomía que entonces se podía saber, anatomía descriptiva con sus detalles de arterias, de nervios, etcétera, mucho más que sus colegas de Oposición. Pero llegó allí y se encontró con un nivel diferente, con el nivel que supone la penetración de la mentalidad

evolucionista en Biología. Y eso lo descubrió aquí. Y se lo hacen descubrir sus coopositores.

Ellos y Simarro le ponen en un nivel europeo. El era un hombre que en Zaragoza hacía todo lo que podía hacer. Trabajaba como un negro para saber Anatomía, pero no tenía un nivel europeo. A partir de entonces alcanza ese nivel europeo. Español y europeo. Y este nivel se lo debe en buena parte a Simarro.

Luego —y esto ya lo saben ustedes— vienen las dos técnicas decisivas de la obra de Cajal: la impregnación cromoargéntica y la técnica del nitrato de plata, debiéndose ambas a incitaciones de Simarro.

Simarro engendró a quien venció a los moros. En el campo de la Histología y en el del pensamiento biológico. Porque Cajal no se va a quedar así y va a ser un pensador de la Biología.

Los que ven en Cajal sólo un descriptor de cultura, se equivocan de medio a medio. Fue un pensador de la Biología. Un reflexivo muy sutil y a veces con cierta técnica un poco tosca, pero un reflexivo del sentido del saber para el hombre y para el sabio.

Y todo ello fue incitado en buena parte por Simarro.

Venció a reyes moros también en otro campo, en el de la Psicología. ¿Con lo que él hizo? Hizo poco. Repetir medianamente apuntes, pero creó en España, contribuyó, mejor dicho, decisivamente a crear la preocupación psicológica. Y lo que empezó a hacerse en España en Psicología en el primer tercio de nuestro siglo tenía detrás de sí la excitación inmediata de Simarro. Es decir, la aparición de escuelas de Psicología y Psicotecnia, la preocupación por la conexión entre Psicología y educación.

Esto se ha reconocido aquí. Si no recuerdo mal, organizado por Mariano Yela y José Luis Pinillos, se celebró aquí un homenaje a Germain, que era el hombre de transición entre el mundo de Simarro y el actual.

Simarro venció también reyes moros en otro campo. La generación de Simarro hace eso. La generación de Cajal, ésta ya... esto son ya palabras mayores. No sólo por Cajal sino porque entonces, en lo que yo he llamado generación de sabios, van a surgir en España unas cuantas figuras que van a hacer ciencia ya, y muchas veces son contribuciones importantes para la ciencia europea de la época.

Por supuesto que en primer término Cajal, pero no sólo él. En Arabismo está Julián Rivera; en Historia del Derecho, Eduardo de Hinojosa; en investigación un poco pintoresca y, naturalmente, no rigurosa, la obra de Ferran, por ejemplo, y tantas más. En la obra de la Fisiología Experimental, la obra de Gómez Ocaña, que inicia ésta en España; y ya después vendrá Achúcarro, la Escuela de Fi-

siólogos de Madrid que, principalmente, es incitada por Negrín y a la que pertenecieron Ochoa y Grande Covián.

Todo esto parte de la generación de Cajal, de esta generación de sabios, que introduce ya con voluntad creadora la ciencia en España.

Una anécdota. Me contó Rey Pastor que cuando se celebró el Congreso Internacional de Medicina en Madrid —creo que fue el año 3— intervinieron Cajal y otros muchos. Vino gente muy importante, entre otras Pavlov que estaba en plena luna de miel con los reflejos condicionados. Estaba en el gran nivel a que llegó como gran figura, una de las máximas de la Fisiología, la ciencia del siglo xx. Me decía que Pavlov, que no sabía nada de castellano y que no sabía pronunciar la «eñe», decía «Ocana, Ocana, Ocana». Y se preguntaban ¿qué querrá decir este hombre? Pues preguntaba por Gómez Ocaña, que había practicado investigación experimental sobre el cerebelo y sobre el laberinto, que era algo que le interesaba a él como creador de la Fisiología.

Esta es la obra de la segunda generación del fin de siglo. La primera la llamaremos de Simarro. La segunda, de Cajal. La tercera, continuación inmediata de la anterior, en muchos sentidos superadora y en otros afinadora de lo que la anterior hizo, la centraremos en Menéndez Pidal. Si quieren ustedes, la llamada del 98.

Menéndez Pidal y Asín Palacios son los dos grandes, los dos máximos representantes intelectuales de esta generación de fin de siglo, que prosigue el cumplimiento del imperativo de hacer ciencia. Esta generación va a iniciar algo que conviene tener muy presente: el desarrollo que por ampliación, por incremento en la exigencia, por ajuste a lo que la ciencia está siendo entonces en el mundo europeo y también en el americano, va a producirse crecientemente desde la iniciación y a lo largo de esta tercera generación hasta nuestra guerra civil.

El fin de siglo termina con un tajo. El tajo violento de una guerra civil respecto de la cual y en relación justamente con Simarro, conviene hacer algunas precisiones.

Hemos dicho antes que el fin de siglo del xvi supuso y llevó consigo un malogro de las posibilidades modestas pero reales que la ciencia española de la primera mitad del siglo había alumbrado.

Hemos visto cómo el fin del siglo xviii supone un malogro no de las posibilidades sino de las modestas pero ya crecientes realidades de la ciencia española, de la Ilustración.

Piensen ustedes que en España se descubre la Ley de las proporciones definidas de la Química. La descubre Proust en Segovia y en Madrid. Fue un contratado. Es el último resto con el que ter-

mina esta posibilidad española. Se descubrió en España. Es verdad que por un francés, pero que trabajaba en España.

Ciencia ya creciente, ya esperanzadora.

¿Podemos decir lo mismo de la que empezó con Simarro y su generación, siguió con la de Cajal, fue depurándose con la de Menéndez Pidal y luego con otros, por poner un ejemplo, Ortega? ¿Podemos hablar de un malogro?

Yo diría, ambigua o ambivalentemente, sí y no.

Sí, porque el tajo de nuestra guerra civil nos hizo perder mucho. Y ahí está el exilio.

Es preciso valorar lo que la guerra civil ha sido, no sólo en función de lo que aquí pasó —unos lo valorarán de un modo, otros, de otro— sino en función de lo que perdimos. Y eso lo perdimos todos. Lo que se fue a América. Lo que se fue a Europa. De ciencia productiva, calificada, original. Todo eso se perdió. Y en este sentido, sí que fue un malogro.

Pero en otro sentido, no. No fue enteramente un malogro. ¿Por qué?

Porque mal que bien lo que habían hecho los hombres de esas cuatro generaciones que acabo de nombrar, la de Simarro, la de Cajal, la de Menéndez Pidal y la de Ortega, tenían realidades y tenían logros eficaces en la España de entonces.

Y a partir de entonces, porque ya la ciencia importa socialmente a todos, o a casi todos —cosa que no ocurría en los años de los decenios centrales del siglo XIX—, hay que hacer o pretender que se hace ciencia.

No se entendería muy bien la historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas si no se viese allí una parte de esperanza de hacer ciencia.

Esto llevaba consigo hacer ciencia. De verdad y en distintos campos empezó a producirse algo de lo que en España hoy es una promesa, una floración, no fructificada, pero sí una promesa. Empezaron a producirse frutos en el campo de la Filología Románica, porque la obra de Menéndez Pidal se ha irradiado, y, a través de discípulos directos o indirectos, ha dado lugar a que hoy esa rama tenga en España una importancia muy estimable.

La Filología Clásica. Es nueva en la vida española, pero por unos cuantos que empezaron a formarse ya antes de la guerra civil, y a la cabeza de ellos mi admirado, entrañablemente y querido Antonio Tovar, en España empezó a haber, y hoy hay una gran floración de estudios clásicos, como no ha habido nunca, ni siquiera en el Humanismo del siglo XVI. Todo esto se ha hecho a pesar del tajo de la guerra civil.

Y en el campo de la Física y de la Química. No sé si ustedes lo conocerán, pero se ha publicado por físicos españoles, entre ellos el Profesor Fernández Rañada, Catedrático y Decano de la Escuela de Ciencias Físicas, y su equipo, una evaluación estadística de la contribución de los físicos españoles a revistas de curso internacional. ¡Cuidado! No revistas de andar por casa, que se llenan como sea, que puede ser una revista de Física en Almendralejo, por ejemplo. No. Revistas de curso internacional. En cinco años son más de mil el número de trabajos aportados entre contribuciones a revistas, a Congresos internacionales, etcétera.

Eso está ahí. Desde los años 70 a los 80 y pocos.

Permítanme, y después de lo que ya he dicho no tomen esto como un elogio circunstancial, ocasional, que diga otro tanto de la Psicología. En España no hay la investigación psicológica que querríamos que hubiese. Por supuesto que no. Pero hay una investigación psicológica a la altura de lo que la Psicología es.

Volvamos a lo nuestro. ¿Qué sentido tiene la obra de Simarro para nosotros, hoy, en cuanto a gentes de la vida colectiva e histórica de España? Lo primero que tenemos que considerar frente a lo que somos y a lo que hacemos es repetir en nosotros mismos lo que antes decía yo que hicieron los españoles del siglo XVII y nuestros modestos pero ya verdaderos científicos de la España del siglo XVIII: *no me basta*. Lo que ya hemos hecho no me basta. Partamos de esto. Evitemos, por favor, todo acto de narcisismo, de autocontemplación. Pensar que en estos pocos años hemos hecho tales y cuales cosas. No ha de bastarnos. Mientras España no produzca la ciencia que corresponde a un país europeo de 40 millones de habitantes, a mí, por lo menos, no me bastará.

Primero, pues, conciencia de que no ha de bastarnos. Segundo, por consiguiente, acción. Hacer, buscando el nivel más alto y procediendo con ambición. Estas dos cosas: nivel más alto y ambición.

Hemos de instalarnos en el nivel ¿de qué? ¿de lo que es? No. En el nivel de lo que puede ser.

El nivel de lo que es no basta. Con hacer unos cuantos viajes y tener los oídos abiertos, hablando un par de idiomas, uno se pone al nivel de lo que es. Y hay que ponerse al nivel de lo que puede ser.

Hay una frase, que yo repito mucho, de «El Rey Lear», de Shakespeare. Le pregunta a un personaje: «Y tú, ¿en qué te ocupas?» Y le contesta este desplante fenomenal: «En no ser menos de lo que aparento.»

Ni siquiera esto nos basta. ¿En qué te ocupas? En ser lo que quiero ser. En ser lo que debo ser.

Después de este hacer con un alto nivel y con ambición, hay algo a lo que no podemos renunciar los españoles, sin caer en ese

desflecamiento en que cayó, por ejemplo, Simarro. Y también otros lo hicieron como él. A exigir. Exigir oportuna e inoportunamente. Exigir y denunciar. El hombre de ciencia, en todas partes y todavía más en España, tiene que contribuir a la vida colectiva haciendo ciencia, haciendo que se instale la ciencia en la vida general, y denunciar lo que no se hace o lo que se hace mal.

Hay que ser, si ustedes me permiten esta expresión un poco retórica, «tábanos laboriosos». Tábanos. No hemos de dejar dormir a los que están a nuestro lado. Y laboriosos por eso, porque no les dejamos dormir.

También hay que proponer. No podemos vivir masoquísticamente entregados a la queja y a la denuncia. Tenemos que sugerir, que proponer.

Estamos en un fin de siglo y que no se malogre por una razón o por otra lo que era posible en buena parte está en manos de ustedes.

Yo creo que el recuerdo de Simarro no sería completo, no sería cabal, si no sembráramos en nosotros esta preocupación. Estoy seguro de que sí será así. La labor de este fin de siglo no ha de ser un malogro.

Yo, el principio del próximo siglo, del siglo XXI, no lo veré. Ustedes no sólo lo verán sino que actuarán. En buena parte, pues, depende de ustedes que ello no sea un malogro.